

Poemas sin título

I.

¿A qué sazón buscarme albedríos nuevos?
bucear entre mares confusos que no aparquen mi cuerpo en
ninguna orilla
el tuyo es el puerto de los ateos,
la verdadera barbarie donde no hay cabida para nacimientos
modernos,
para el arte o el amor.

II.

Hay dos panteras negras descarnando a casos en el regazo de
un borde
soy la estéril mariposa que, impermeable y giratoria, enfurece
al viento
no me reconozco mujer
tampoco hembra
and I don't want to be here alone

¿qué me espera mañana?
la risa es de otros,
una canción ajena
tan poco mía

¿hacia dónde ir?
ya no hay poesía
Blanca Varela ha muerto
and I don't want to be here alone

todavía los pájaros no vienen a desvelar a mi insomnio
pero apago el cigarrillo
sobre el cual aplasto las cenizas de mi deseo

Erika, mujer, compañera me dice
pero sus alas no tienen honda sobre este cuerpo
tras el cual su tacto no encuentra eco.

III.

El espasmo de la noche disipa a los cuerpos
y en luna llena engarzo la letra de tu palabra
que se aleja proponiendo verdades
cuando el viento sacude mis dedos
si te pienso en agonía, inflamada en un abrazo.

IV.

Bastó colocar el cuerpo hacia otro costado
para adivinarte en pinceladas eternas
conocer tu risa que hoy es melodía tangible
y adivinar mis pensamientos,
iluminados
como la llama de aquella noche
cuando la distancia menguaba
y me narrabas Guatemala en esplendor.

V.

Calibro la distancia hacia la que he volado
me meso en una rama para adormitar pensamientos
mientras miro mi pecho colorado acercarse hacia el diluvio,
el que borre las huellas y los pedazos de historia esparcida

mi pico no apunta al cielo
no pretendo adivinar sus colores
ni aliviarme en su nebulosa celeste
a donde mi propio canto no se halla

sin embargo, mi plumaje aletea
al sentirse inerte frente a lo tibio:
la caricia que se desdibuja
en cada sonrisa tuya.

Erika Almenara
University of Michigan

Crítica

Este largo poema estructurado en cinco partes comienza con una pregunta retórica (y hay otras dos más adelante). Esta pregunta que no se dirige, en principio, a ningún interlocutor definido (tal vez la voz poética se está hablando a sí misma), pero tiene la virtud de situarnos *in media res*; es decir, en mitad de una reflexión, de un monólogo, que nos introduce de repente en la corriente mental de la voz hablante. Pero el posible interlocutor o interlocutora aparece pronto. En efecto, en el segundo verso la voz poética dice “mi cuerpo”, y en el tercero, por fin, alude a otro cuerpo “el tuyo”—comparado con un puerto al que arriban los barcos de otros cuerpos—y este cuerpo es el verdadero interlocutor de la voz poética. Evidentemente estamos ante el soliloquio de un alguien—de un yo—para quien hay siempre un “tú” presente-ausente. Y digo presente-ausente porque da lo mismo que el tú esté o no esté realmente presente: lo está por el poema, por la presencia que convocan las palabras, por el acto volitivo de la interlocución, o mejor aún, del deseo; traído por los pronombres personales y posesivos, o los de objeto indirecto que inciden en el recuerdo y la convocación del tú. Pero también lo está por la fuerza del deseo, una palabra que ocupa el lugar central de este poema.

Para mí, sin duda alguna, la palabra más importante de este poema es “cuerpo”, la cual se repite no menos de cuatro veces a lo largo del texto. Claro, aquí los cuerpos son partes de un todo más completo (partiendo de la suposición de que el ser humano es algo más que un cuerpo); es decir, estos cuerpos son sinécdoques de dos seres que han renunciado—tal vez momentáneamente—al resto de sus atributos. Pero la razón del recurso a esta sinécdoque parece más que clara, aun cuando fuera inconsciente: que los cuerpos no hablan con el lenguaje de las almas (las palabras), sino que tienen su propio lenguaje: el de las caricias (y ahí aparecen algunos términos claves que confirman esta interpretación, las palabras “tacto”, “abrazo”, “caricia”, en los últimos versos de las partes II, III y V, respectivamente). Estamos ante una poesía erótica de honda sensualidad, la cual se acentúa con las imágenes de animales: las “dos panteras negras”, la mariposa y los pájaros que aparecen en la parte II, y el ave de “pecho colorado” con la que, finalmente, se identifica la voz poética (recordemos que la voz que habla en el poema no se reconoce como mujer, ni siquiera como hembra, pero parece finalmente revelarse como un ave tal vez asexual o quizás—mejor aún—andrógina).

La voz poética, pues, se revela como la de una mujer (parte II) que no se reconoce como tal, ni siquiera al puro nivel que pudiera imponer la biología (“tampoco hembra”), pero sea quien sea, esta voz habla desde la soledad y la nostalgia. Precisamente la razón de las preguntas retóricas de las partes I y II (“¿A qué sazón buscarme albedríos nuevos?”, “¿qué me espera mañana?” y “¿hacia dónde ir?”) plantean de entrada el naufragio del ser en la soledad, en la falta de sentido, en la incertidumbre, en el desasosiego, en la zozobra existencial. También en la tristeza (porque en este aquí “la risa es de otros”), y además la voz poética declara que la poesía ha muerto (con la alusión metafórica a la muerte de Blanca Varela). El verso en inglés que como un estribillo se repite al final de la primera y la tercera estrofas de la parte II, alude a una soledad (“alone”) presente (“here”), que no se desea y que es causa de la evocación del cuerpo que convoca el soliloquio. Esta soledad se materializa en la angustiante imagen de la frustración que traza el verso “aplanto las cenizas de mi deseo”. Después surge un nombre, “Erika”, que da por fin nombre al “cuerpo” hasta ahora anónimo, sin rostro, casi torso mutilado, cuyo recuerdo, o más bien presencia, los versos convocaban desesperadamente.

La parte III constituye una transición entre el frustrado presente de soledad e incertidumbre de las dos partes anteriores y la visión más esperanzada y bonancible del resto del poema (IV y V). En esta parte, los dos cuerpos, o mejor dicho la imagen de esos dos cuerpos, se disipa en el aire de la noche, en un espasmo que puede funcionar como una metáfora del orgasmo sexual. Con la disipación de los cuerpos, se desvanece también la angustia. A partir de este momento, en las dos últimas partes del poema la voz poemática se abandona a una visión más trascendente de su propio destino. Por un lado, en IV, afirma la persistencia, la eternidad del recuerdo (“adivinar en pinceladas eternas”), y su poder para convocar y hacer presente una ausencia (“melodía tangible”).

Por otro, en parte V y última, la voz poemática, que no se reconocía ni mujer ni hembra en II (rechazando al mismo tiempo construcción cultural y biología) asume para representarse la figura o el cuerpo de un ave (“he volado”, “me mezo en una rama”, “mi pecho colorado”, “mi pico”, “mi propio canto”, “mi plumaje”, “aletea”) que contempla desde la metáfora de la rama, es decir, desde la altura del presente, un pasado fragmentado, tal vez confuso y carente de sentido (“diluvio”, “huellas”, “pedazos de historia esparcida”). En suma, un poema más erótico que amoroso, de gran fuerza expresiva, y cuyo tema central—cuya imagen central—es un cuerpo convocado por el deseo, pero que se “disipa” y que se “desdibuja” en el aire de la noche (la “distancia” o la ausencia), y con él las “caricias”, los “abrazos”, el “tacto”, la “llama”, las “sonrisas”; es decir, un cuerpo que se ha vuelto una brasa mental y que se va apagando poco a poco (“sentirse inerte frente a lo tibio”).

Pedro José Vizoso
University of Arizona